



Núm. 11.

20 de Febrero de 1861.

Año I.

## DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES

### AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

#### IV.

#### Culto.

**N**o despues de lo que acerca de la Religion te he manifestado, fácil te será comprender que aquella se completa con el Culto, toda vez que este consiste simplemente en la práctica de los deberes que la misma nos impone. También comprenderás que esta práctica constituye por si misma un deber, y tal es la razon porque te encarezca la obligacion que tiene el hombre de ofrecer culto á Dios, siendo este otro de los deberes religiosos que necesariamente debe cumplir.

No han faltado hijo mio hombres mal intencionados, amigos de sembrar la duda en los corazones, que con la fuerza que dá la con-

vicción, se han atrevido á sostener que es innecesaria la prestacion del culto, añadiendo que es hasta ofensivo á Dios reclamar su ayuda en los peligros y adversidades, pues indica desconfianza en el cuidado paternal con que vela sobre todas y cada una de las criaturas. Tu comprenderás hijo mio, que semejante modo de discurrir es á todas luces contrario á lo que dictan la razon y la esperiencia, pues asi como para alcanzar en este mundo un objeto deseado, nos dirigimos á la persona que puede satisfacer nuestros deseos, del mismo modo, con ruegos ó con promesas debemos dirigirnos al Señor para que nos dispense los beneficios, que solo él puede proporcionarnos.

Tratando de la Religion te ha manifestado que no hay ejemplo de un pueblo que carezca de ella; pues bien ahora debo añadirte que no le hay tampoco de uno que carezca de culto. Y es natural: las ideas de religion y culto se completan una á otra, y la misma facilidad con que se confunden, indica que es imposible la existencia de la una sin el otro. El hombre



siente dentro de sí, una necesidad de honrar y enaltecer; alabar y rendir el tributo de su adoración á aquellos seres que ama: puede variar el modo, la forma en que lo haga; pero el fondo de los ritos y ceremonias, será siempre el fin idéntico, de tributar á Dios muestras de respeto y acatamiento. Abel ofreciendo las primicias de sus frutos y rebaños; el Indio contemplando el movimiento de la naturaleza; el Persa, tratando de penetrar los secretos de los astros, el Gentil enrojeciendo las marmóreas aras con la sangre de sus víctimas, y el salvaje postrándose de hinojos á la salida y á la puesta del sol, no hacen mas que tributar á su modo el culto á Dios. En vista de esta conformidad de ideas, no debemos suponer que la humanidad entera esté en un error, y que solo unos pocos hayan alcanzado penetrar la verdad; hemos de convenir al contrario, en que es de imprescindible necesidad, que es innata en el hombre la práctica del culto, y que así como no existe sociedad sin religion, no puede concebirse una religion sin culto.

Y toda vez que conoces ya el valor que debes dar á las aserciones de aquellos que pretenden lo contrario, debes saber que no basta que adoremos á Dios desde el fondo de nuestros corazones, sino que es necesario que pública y privadamente se lo demostremos por medio de actos externos que revelen el estado de nuestras almas, y por decirlo así, los grados de cariño que profesamos á la Divinidad. No descendería hijo mío á explicarte en qué consiste y en qué se diferencian entre sí, el culto público y el culto privado, el interno y el externo, pues para ello bastan sus nombres y tu comprensión, si los detractores de la necesidad de prestar culto á Dios, al verse vencidos, no se hubiesen empeñado en sostener, que solo el culto interno basta para cumplir los preceptos dictados por la religion.

Fundados en que para dirigirnos á Dios ya para darle gracias por los beneficios que á cada momento nos otorga, ya para impetrar su misericordia y amparo en las tribulaciones de la vida, ora rogándole que aparte de nuestras cabezas las calamidades que nos rodean, ora

conformándonos á sus altos designios pronunciando esas sublimes palabras. «Hágase tu voluntad,» nos basta con levantar á Dios nuestro corazón, preguntan los detractores de la observancia del culto. ¿Por qué se debe ofrecer á Dios otro culto que el interno? ¿Acaso con las ceremonias del externo y con la pompa del mismo ejercido públicamente se engrandece mas aquel cuya grandeza no puede llegar mas allá? ¿Y acaso preguntamos nosotros aumenta la magestad de los reyes de la tierra porque el bronco son de los cañones anuncie sus días, y saluden su paso los graves ecos de la marcha real? Y sin embargo se ofrecen á los reyes estas demostraciones de respeto, á pesar de saberse que no por ellas aumenta su dignidad. Pues bien esto indica, que la idea del culto externo público y privado, es innato en el hombre, que siente dentro de sí la necesidad de demostrar de esta suerte la veneración con que adora á aquellos que tiene en mas. Y no es esto solo: en las grandes solemnidades, en presencia de aquellos acontecimientos extraordinarios, y que mas influencia ejercen en la vida del hombre, no puede este contener dentro de sí las afecciones que el placer ó el dolor derraman sobre su corazón: entonces necesita hacer á los demás partícipes de sus goces y pesares, y ó bien prorrumpe en gritos de agradecimiento y entusiasmo, ó resignado y sumiso deja escapar hondos suspiros que revelan el estado de su espíritu.

Hay hijo mío, ciertas cosas que mejor se comprenden que se explican, y por esto estoy seguro que á pesar de tus cortos años, te bastará lo dicho para que defiendas constantemente el ejercicio del culto interno y externo, público y privado. Sin él no podrían existir esas grandes festividades, con las cuales solemniza la Iglesia los misterios mas augustos de nuestra religion; sin él serian innecesarios cuantos objetos están consagrados al culto; pues ya te he dicho que para el interno basta con levantar nuestros corazones á Dios; y hasta careceríamos de templos, que magníficos en su riqueza ó sencillez merecen todo nuestro amor y simpatías por lo mismo que han sido testigos



de los mas grandes acontecimientos de nuestra vida. Allí hemos por decirlo así, lanzado el primer vagido en el mismo instante en que cayendo sobre nuestras cabezas el agua regeneradora del bautismo, nos recibía en su seno la Iglesia de Cristo; y allí entonarán piadosa plegaria nuestros hermanos y preces solemnes los sacerdotes, cuando ya separada nuestra alma de la carne, se dirija al trono del Altísimo para escuchar la sentencia á que nuestras obras nos hayan hecho acreedores.

Mucho mas hijo mio podria decirte en favor de la observancia del culto; mas basta lo que te he manifestado para que te convenzas de la necesidad y deber en que estamos respecto de su ejercicio interno y externo, y para que estés prevenido en contra de las asechanzas de aquellos que extraviados de la senda del deber, olvidan hasta los medios por los cuales podrian reconquistar la felicidad perdida.

C. Vidal y de VALENCIANO.

## ESTUDIOS MORALES.

### La Cartera.

#### I.

Una cruda noche del mes de Noviembre en una miserable boardilla de Madrid una muger yacia postrada en un mezquino lecho, á su lado estaba una niña como de unos diez años prodigándola los mas afectuosos cuidados. Aquella niña se llamaba Julia, y la muger enferma era su madre.

Sumidas en la mayor miseria aquellas dos infelices criaturas carecian de todo recurso para vivir, y dos dias hacia que no tenian un pedazo de pan que llevar á la boca.

Julia que amaba tiernamente á su madre, y era un dechado de amor filial, veia con honda pena el estado de debilidad en que esta se hallaba por falta de alimento, y deseando aliviar su necesidad la dijo impulsada por su acendrado cariño:

—Madre mia, vos estais desfallecida de hambre: dos dias há que no habeis probado alimento; voy á salir á pedir limosna, y con el dinero que recoja tendreis con que alimentaros esta noche.

Al oir esto la pobre enferma que queria entrañablemente á su hija, se opuso á aquel pensamiento temiendo los peligros á que se esponia con salir á hora avanzada, de una noche borrascosa; pero fueron inútiles cuántas súplicas empleó para disuadirla de aquel proyecto. Julia no mirando mas que á la conservacion de su madre, dijo:

—No temais, madre mia, Dios velará por mí, y pronto volveré con algun socorro.

Y deshaciéndose de sus brazos bajó la lóbrega escalera, y á pesar del frio y de la lluvia que arreciaba, se lanzó á la calle á implorar la caridad pública.

#### II.

Aun no se habian pasado dos horas, y la pobre madre aguardaba con angustiosa inquietud la vuelta de su hija, cuando vió de pronto aparecer á esta en la puerta de su infeliz cuchitril, corriendo desolada hácia el lecho de la enferma radiante su rostro de alegría.

—¿Qué traes, hija mia? preguntó su madre sorprendida al notar la inusitada alegría de su hija.

—Querida madre, contestó Julia, Dios quiere al fin recompensarnos, y poner término á nuestra miseria.

Y la niña la enseñó una cartera, la que abrió: y ante los ojos atónitos de la madre brillaron varias monedas de oro.

¡Aquella cartera contenia por valor de 10,000 duros en monedas y billetes de banco!

Ambas estaban asombradas, jamás habian visto reunida tan enorme cantidad.

Julia refirió á su madre cómo habia hallado aquella cartera en una calle solitaria.

—Hija mia, dijo su prudente madre, lo que tú crees milagro de la Providencia, solo es obra de la casualidad. Esa cartera indudablemente pertenece á alguna persona á quien se



le habrá estraviado, y quizás la echará de menos en este momento, y estamos en el cristiano y piadoso deber de devolvérsela, porque si tratásemos de apropiarnos este dinero que no nos pertenece de ningún modo, cometeríamos una acción indigna, y nos atraeríamos la maldición del Cielo.

Y Julia fiel á las exhortaciones de su virtuosa madre, que en medio de sus privaciones prefería más morir-se de hambre, que disponer de la más mínima parte de aquella suma, procuró ver si encontraba en la cartera el nombre y las señas de su dueño para devolvérsela, y tuvo la fortuna de hallarlas en una carta que había entre varios papeles.

Díjosele á su madre, y convino con ella en que al día siguiente iría á llevársela.

Con algunas monedas que Julia pudo recoger cenaron aquella noche, y aguardaron el día con la dulce tranquilidad del que vá á hacer una buena acción.

### III.

En un cuarto bajo de una casa sita en la calle del Carmen, un hombre en cuyo rostro tenía impresas las huellas del más amargo pesar, se paseaba rápidamente con la cabeza baja en señal de profundo abatimiento.

Aquel hombre era el dueño de la cartera. Se le había extraviado, y con ella había perdido una buena parte de su fortuna.

Falto de fé, en su desesperación murmuraba de la Providencia, de esa Providencia que no abandona jamás al desgraciado aunque se halle en la más angustiosa situación.

Llamaron repentinamente á la puerta, y aguijoneado por una vaga esperanza corrió á abrir.

Una niña pobremente vestida, pero con modestia, era la que llamaba para devolverle su suspirada cartera.

El caballero la tomó: creía estar soñando, la examinó, y al ver que nada faltaba el júbilo reemplazó á la tristeza que poco antes le dominaba.

Pasada aquella momentánea efusión fijó sus ojos llenos de reconocimiento en aquella benéfica criatura,

que cual un mensajero de la Providencia venía á devolverle su perdida fortuna.

—Hija mía, la preguntó con interés ¿tienen padres?

—Solo tengo madre, contestó la niña, y la pobrecita hace ya tres meses que está en la cama enferma, y sumida en la más grande indigencia.

—¿Y cómo entonces siendo tan pobres no os habeis aprovechado del hallazgo de esta cartera para salir de vuestra miseria?

—Porque mi madre, repuso Julia, me dijo que sería una mala acción si tratásemos de apropiarnos ese dinero que no era nuestro, ni aun disponer de la más ínfima cantidad, y que estábamos en el deber de devolverle á su legítimo dueño.



La pordiosera.



Conmovidó el caballero con aquel rasgo de honradez y de virtud, dijo á la niña tomándola por la mano:

—Una accion tan virtuosa y desinteresada merece un brillante premio; vamos pues á sacar á tu madre de la miseria en que yace, quiero que desde hoy vivais contentas y felices y que mi agradecimiento os haga olvidar vuestras duras privaciones.

Y Julia y su madre fueron generosamente recompensadas por el caballero, y desde entonces gozaron de un dulce y dichoso bien estar.

¡Ved cómo Dios siempre recompensa la honradez y la virtud!..

Gregorio LAGO.

## LA LITERATURA EN LA MUJER.

### I.

#### Rogelia Leon.

(CONCLUSION.)

Aunque su sensibilidad es tan esquisita, que con frecuencia se la vé derramar lágrimas á la vista de la menor desgracia, posee una energia varonil para sostener su resolucion y para conservar su dignidad y su decoro sin la mas pequeña sombra.

Esa delicadeza de instinto y esa altivez de pensamientos, solo pueden poseerlos las que como Rogelia tengan una alma elevada y poética, la que sienta en su pecho el gérmen de la inspiracion, emanada de la fuente de todas las grandezas, del Trono escelso de Dios.

Por eso la que sienta brotar en su mente el fuego sacro de la poesia, debe elevarse sobre las miserias humanas, y hacerse amar y respetar de sus semejantes, para hacerles comprender que bajo este punto de vista es conveniente y necesario la literatura en la mujer, porque ella la eleva, la engrandece y presta á su alma ese perfume bendito que se aspira en

torno de la mujer virtuosa, cuyo corazon es manantial inagotable de indulgencia y bondad.

Proseguiré hablando de Rogelia, pues aunque en mis artículos no me he propuesto escribir la biografia de las poetisas, sino hacer conocer sus méritos y virtudes, sin embargo, haré ligera mencion de sus obras y de los triunfos que hayan adquirido por su ingenio, despues de dar á conocer convenientemente sus sentimientos.

Gusta mucho de hablar con los niños y los ancianos, porque el perfume de la inocencia de los unos la embriaga, y la sabiduria y experiencia de los otros la enagena.

En sus conversaciones mas sencillas, se nota una profundidad admirable: no se habla un momento con ella sin aprender algo útil; pero su talento está revestido de una familiaridad y llaneza, que deja percibir claramente lo agena que está su alma elevada del orgullo y la presuncion.

Jamás ha conocido lo que vale, y quizá en eso consiste su principal mérito. Los borradores de la mayor parte de sus obras, permanecerian en su biblioteca, si sus amigos no la estimulasen á darlos luz.

¿Por qué no publicas tus trabajos? le dijo un dia un amigo. Los publicaria si supiese que habia de hacer algun bien á la humanidad ¿No quieres laureles? No creo hermostear jamás mis sienes con su gloriosa sombra.

A poco tiempo, sin embargo, la coronaba de laurel y oro el público entusiasmado en el estreno de su lindísimo drama *Fani la Escocesa* y alfombraba sus plantas con las perfumadas flores de los Cármenes del Dauro y de la Alhambra.

Un dia en que una turba de mujeres se alzó en motin dando voces espantosas por la calle con motivo de la carestía del pan, las vió desfilar por debajo de sus balcones, y sus ojos se llenaron de lágrimas por la emocion que la causó este espectáculo. Al mismo tiempo, vió que un oficial á la cabeza de algunos soldados, ya rendido de sostener el oleaje del hambriento pueblo, las intimaba para que se rindiesen; entonces ella revestida de una energia sobre-



natural, dijo con un acento que hubiera contenido á un ejército de fieras. — ¡Quietos soldados! ¡Quietos! ¿No veis que piden pan para sus hijos?

Este solo rasgo y su inagotable caridad, pintan suficientemente la grandeza de su alma, y se la oye decir con frecuencia. — Amo á los pobres porque su paciencia y humildad me representan á Jesucristo, y la altanería de algunos poderosos, á Luzbel luchando contra su Dios.

Así es que se desvela por hacer bien y siempre calla sus generosas acciones.

Como toda imaginación que alcanza mucho, no puede ser feliz con las frivolidades y halla únicamente su placer en sembrar en torno suyo la paz, la tranquilidad y el consuelo entre los tristes y el beneficio entre los pobres desvalidos.

Se puede decir que existe para los demás, estando muerta para sí misma.

Es tan delirante y profundo el cariño que profesa á su tiernísima madre, que jamás se separa de su lado, sacrificándolo todo por disfrutar esta inmensa felicidad; — solo la muerte podrá separarme de la madre de mi alma, — repite varias veces, y Rogelia dice lo que siente; no es como muchas personas, cuyas palabras están en contradicción con sus acciones.

Si encontrarais á madre é hija en la calle, no os será difícil conocerlas con lo que os voy á decir. En el rostro de Rogelia brilla la hermosura de su alma, la única duradera y la única también que en mi concepto debe buscarse entre las criaturas. Su mirada y su fisonomía son tan simpáticas y expresivas, que atraen mas que todas las bellezas imaginables. Su estatura es mediana; su talle delgado y esbelto; su andar elegante; su color puede llamarse blanco, porque el tinte moreno que tiene es ligero en demasía; sus cejas negras; sus cabellos negros también, poco espesos, pero sedosos y brillantes; sus ojos de un color azulado oscuro, revelan la expresión de todo lo que siente su alma.

Según uno de sus amigos, tiene tantas fisonomías como sentimientos la agitan.

Su madre que siempre vá apoyada en su brazo, es de corta estatura, blanca, ojos azules y dulcísimos, y animados de continuo sus labios por una sonrisa de inefable bondad. Es mas bella que su hija, á pesar de sus años y sus padecimientos; pero no mas interesante.

Como nunca se separan, al encontrarlas las conoceréis como los tipos que os presento. ¡Oh! y qué lástima que no podamos verlas en la Corte!.... Es un grupo tan encantador el de una jóven que lleva del brazo á los autores de sus días!....

Toda alma sencilla no podrá menos de sentir cierta simpatía por la virtuosa niña que así procede, exclamando al mirarla pasar: «¡Es un ángel que guía los pasos de la venerable ancianidad!»

A semejanza de su madre, Rogelia viste casi siempre de negro, y con este traje y la ternura de su acento, parece una hermana de la Caridad; y así puede llamársela, porque sus composiciones todas llevan un principio moral y religioso.

La mayor parte de sus escritos, son artículos sueltos que han reproducido casi todos los periódicos de España y aun del extranjero. Si os fuese á citar de los que es colaboradora, sería una tarea demasiado larga, así como de los Liceos de que es sócia de mérito. Puede decirse que en cuantas exposiciones literarias se hacen, es invitada por su nombre y por su génio.

Su colección de novelas puede llamarse mas bien compendios de moral filosófica: cada párrafo, es una lección ó una sentencia. El que haya leído su *Fantasia del Sueño*, sus *Rosas Blancas*, *La Cartera*, *Emelina*, *Margarita* y otras que no recuerdo y sería difícil enumerar, no solo conocería en ella una imaginación fecunda, sino un espíritu grande y emprendedor; empero donde brilla con toda su elevación, es en su libro de poesías, titulado *Auras de la Alhambra*. Allí la cantora granadina vertió á torrentes raudales de ciencia y de armonía.

Solo bajo la bóveda del cielo de la poética Granada, pueden concebirse pensamientos tan gigantescos y sublimes; y solo una mujer, que cual Rogelia, sintiera en su alma el fuego san-



to de la virtud, podría espresarlos y comprender todo el sentimiento y bondad que encierran aquellas composiciones, las que revelan su noble corazón y su amor á los pobres y á los desgraciados. Leed sino *El niño huérfano*, *La Limosna*, *El negro plácido*, *Los Delirios de una ciega* y otra porción que describen la desventura ó la pobreza, con unos coloridos difíciles de imitar.

Rogelia no busca sus tipos en la grandeza ó la felicidad; para sentir amor ó simpatía por un ser, necesita creer que es desgraciado. Muchas veces repite los versos del sin igual Aro- las, cuando dice:

Busca, hijo mío, tu amor  
En quien sepa de dolor  
Y en sus lágrimas confía.....

Ella cree con firmeza que los grandes efectos solo pueden concebirse entre dos corazones que sufren igualmente. No hay duda que su alma es grande y que un camino de gloria la conducirán á la inmortalidad; empero su virtud es mas hermosa que su talento; la sencillez de sus costumbres y la pureza de su alma, la convierten en un ángel que tiende sus benéficas alas sobre cuantos la rodean.

Y no se crean exagerados mis elogios: solo hago justicia á su mérito. Para probar que la imparcialidad guía mi pluma, diré á mis lectores que únicamente conozco á Rogelia por la fama de sus virtudes y su talento. Jamás tuve el placer de estrechar su mano entre las mías, y sin embargo la amo con todo mi corazón, porque es la gloria de nuestro sexo, y su nombre honra á las escritoras españolas.

Los datos que me han servido para escribir este artículo, los debo á los amigos de Rogelia, que la han admirado en diferentes ocasiones de su vida.

No hace muchos dias escuché de boca de uno de ellos estas notables palabras:

Usted sabe, me decia, que la madre de Rogelia sufre frecuentes ataques que la ponen al borde del sepulcro, pues bien, en el último que padeció tuve el placer de acompañar á la des-

consolada familia muchas horas, y observé la ejemplar y edificante conducta que la distinguida poetisa usaba con su madre. Parece imposible que una criatura tan débil y delicada, llevase cuarenta noches sin apartarse de aquel lecho donde tenia fija la vista y el corazón. Ni un solo momento consintió la sustituyeran en el cuidado de la enferma, llevando por sí sola el grave peso de tan sagrada obligación.

¡Ah! la mujer que hace esto, la que de tal manera comprende y cumple sus deberes, bien merece las alabanzas y el aprecio de las personas sensatas.

Ahora bien; los que critican á las poetisas, los que juzgan á la literata como un mal, figurándose no pueden ser buenas esposas y buenas madres, que contemplen á Rogelia al pié de aquel lecho de muerte; que la contemplen en el curso de su vida qué ya dejó referida, y me dirán si la literatura en la mujer es conveniente y necesaria para adornarla, enaltecerla, é inspirar en su alma esa sensibilidad, esa delicadeza de sentimientos, esos instintos grandes y sublimes, que solo pueden brotar de un corazón poético y hermoso, ajeno á las mezquinas pasiones de orgullo y vanidad, que son el distintivo de muchas criaturas vanas y superficiales, y que podrian ser bellas y adorables si la poesia llenase sus espíritus, desterrando con su mágico esplendor los ridículos defectos que son inherentes á la ignorancia y al amor propio.

Si todas las que se llaman poetisas imitasen la conducta de Rogelia y de otras virtuosísimas escritoras, que ocuparán un lugar en mi galería, lejos de servir de tema para artículos satíricos y de crearse antipatías por sus ligerezas y exageraciones, obtendrian el aplauso general, la consideracion y el respeto de todo el mundo y el amor de sus familias que mirarian en ellas sus ángeles salvadores. Entonces nadie diria. «La literatura es perjudicial en la mujer,» sino: la literatura es conveniente para formar de la mujer una hija ejemplar, una esposa modelo y una madre tiernísima.

Esta es la verdad: el mal de esa opinion absurda está en las que demasiado ligeras y poco



previsoras, se han lanzado en brazos del azar, haciendo de la literatura una profesion, y abandonando el recogimiento de la dama bien nacida por acudir á los centros donde los hombres tienen sus acaloradas y políticas discusiones.

Si la poetisa desea obtener un concepto digno y honroso, no debe olvidar que antes que literata es mujer, y debe cumplir sus deberes de tal.

En España todavía es una ilusion, un sueño el querer hacer de la literatura una profesion; para ello seria necesario nos educasen de otro modo á imitacion de otros paises, y no es probable suceda, porque eso consiste en el génio, en la índole especial de cada nacion, y los españoles no tienen génio para consentir que sus mujeres pasen el dia en el bufete y desatiendan sus obligaciones en su casa.

Así, pues, debe considerarse la literatura en la mujer, como un adorno, como una distraccion útil y agradable en sus ratos de ocio, y de este modo conservando siempre su dignidad, llegará á mirarse á las escritoras como un bien inestimable, siendo respetadas por todo el mundo, adoradas por sus familias, y sus hermosas frentes podrán ostentar con noble orgullo, ornadas, cual la de Rogelia, la doble aureola del génio y la virtud.

Faustina Saez de MELGAR.

#### EFFECTOS DE LA ENVIDIA.

*Es la envidia un: ponzoña  
Que agosta el campo mas fértil.*

Sentados enrededor de una mesa cosversaban alegres un anciano y dos niños de corta edad; Jorge y Margarita.

Principiaba la noche del 24 de Diciembre del año de 1836.

De repente se conmovió el anciano dejando escapar por sus mejillas algunas lágrimas en recuerdo de un funesto acontecimiento.

—Que teneis, Padre mio? Dijo Jorge. Os he-

mos desagradado en algo? Será tal vez algun pesar lo que os aflige? Hablad y pronto os complace-  
remos.

—Nada me habeis hecho para disgustarme, replicó el anciano de nevados cabellos, que son la corona de la vejez; al contrario, veo gustoso que os amais y esto es una prenda que me tranquiliza para el porvenir. Pero hoy es un aniversario de una gran desgracia acaecida en nuestra familia.

—Escuchad la historia, hijos mios, y que el cielo os preserve como hasta aqui de la funesta pasion de la envidia.

—Eramos tres hermanos; Arturo, Eduardo y yo. La conducta de Eduardo y su afable carácter le valieron cierta predileccion por parte de nuestro Padre, que al morir le dejó mejorado en la herencia.

Una noche entró Arturo en mi casa furioso contra nuestro Padre. Las ideas revolucionarias habian trastornado su cabeza y en su vértigo nada respetaba. Lo he jurado—Juan me dijo—sobre la tumba del viejo—asi llamaba á su Padre—Eduardo ha de morir; esta noche cuando vaya á orar al campo santo como acostumbra—le hundo este puñal y asi quedará vengado de los celos que me devoran. Salió y no le volvi á ver. Mi aquiescencia á sus arrebatos me acusan hoy de complicidad en su crimen y me hace verter lágrimas de amargura por mi infortunado hermano.

Ya el tiempo que todo lo borra iba amortiguando mi pena, cuando acabo de recibir esta carta, surco eterno de lágrimas para mi y voz elocuente de la conciencia, que tarde ó temprano alza el grito denunciador contra las malas pasiones—Oid, amados mios:

—Desde este mi solitario albergue—querido hermano—y próximo á la tumba, te escribo estos renglones como última despedida y alivio de mi padecer. Aun conservo vivo el recuerdo de lo que pasó aquella fatal noche. Cuando de ti me separé, diriji mis pasos hacia el cementerio que guardaba los sagrados restos de nuestro padre. Sabia que Eduardo alli se encontraba. Llego, y á la trémula claridad de la Luna distingo huellas de pisadas, y mas allá—sobre



una pequeña eminencia—á un hombre de hijos—en actitud de orar—Era Eduardo. La reina de la noche ocultó providencialmente su melancólica faz, como ruborosa de presenciar lo que iba á suceder.—Perdon, Arturo!... y le sepulto el acero en el pecho sin dar oídos á su doliente acento. Yo muero!... Arturo..... Arturo..... te perdono. Me conocí desde que llegué próximo á él.

Huí despavorido de aquellos lugares por mi impiamente profanados, yendo á refugiarme al seno de los placeres y de los desórdenes. Han pasado 24 años y el remordimiento me persigue por doquier, y no hallo paz ni descanso en ninguna parte. Dentro de mi pensamiento llevo el castigo de mi crimen. Ah! Te he escrito esta carta por ver si me aliviaba del peso que me oprime, y no lo he conseguido. Si tienes hijos, les leerás está á fin de que aprendan á donde conduce un paso en la carrera de perdición. Diles que se amen mucho y haz por que nunca penetre en sus sencillos corazones la bastarda pasión de la envidia.

Es la postrera súplica que te dirige un desgraciado al pie del sepulcro, que comprende—aunque por su mal tarde—lo que vale la práctica de la virtud.

ARTURO.

Tal es la causa de mi profunda pena, hijos míos.—Continuad amándoos y que esta historia

os recuerde siempre los terribles efectos de esa víbora ponzoñosa llamada envidia.

El sitio en que se cometió el crimen—un tiempo campo sagrado como ya os he referido—es hoy terreno inculto y erial donde crece el espino silvestre y la ortiga.—Denomínale los naturales, el campo de la desgracia, como para perpetuar de este modo la acaecida á nuestra familia.

Fernando de ROJAS.

### El oro.

Dos hermanos, Gustavo y Luis, fueron á un país lejano en busca de fortuna.

Gustavo se estableció en un campo erial, le cultivó, y bien pronto tuvo trigo y pan en abundancia.

Luis se dirigió á las montañas para buscar granos de oro, teniendo que alimentarse con las raíces y cortezas

de los árboles, pero al fin volvió á reunirse á su hermano con un saco lleno de oro.

«Mira, hermano le dijo que dichoso soy; todo este oro es mío; pero dame ahora algo de comer, pues el hambre y el cansancio me han quitado las fuerzas.»

«Te daré de comer le contestó su hermano pero dame en cambio parte de tu oro.» No gustó mucho á Luis esto; mas hubo de ceder á la imperiosa necesidad.

Cuando algun tiempo despues todo el oro pertenecía ya á Gustavo, pues se lo habia dado Luis en pago de su comida. «Querido hermano le dijo aquel. Toma tu oro, yo no soy tan interesado que quiera quedarme con lo tuyo:



Juan y sus hijos.



sin embargo me parece que he conseguido probarte que las riquezas no hacen la felicidad, y que la laboriosidad vale mas que el oro.»

José S. BIEDMA.

## ¡SOLO EL HOMBRE ES INMORTAL!

LA NUBE.—LA FLOR.—EL RIO.

Dónde, oh! nube te encaminas  
Quién te ha dado nacimiento?

—Pregúntalo al Hacedor  
Supremo del Universo.  
Vagando sin descansar  
Por los espacios etéreos  
Ignorando á dónde voy,  
Sin saber de dónde vengo  
Camino ciega al impulso  
De las ráfagas del viento,  
Recorro montes y valles  
O en los mares me sumerjo.

—Pobre flor, á dónde vas  
Marchita en alas del cierzo,  
Arrancada de tu tallo  
Gala del Pensil ameno?

—Lo sabe AQUEL cuya mano  
Sostiene cual leve peso  
Las esferas infinitas  
Que pueblan el firmamento;  
AQUEL que habla y á su voz  
Se estremece el Universo  
Ruge el trueno, estalla el rayo,  
Y se alza el Oceano inmenso  
Desde el mas profundo abismo,  
Que aplaca luego su acento.  
Nacida por la mañana  
Brillo á su vista un momento,  
Por la tarde deshojada  
Cubren mis hojas el suelo;  
No sé mas porque mi vida  
Es de mi Dios el secreto.

—Y por qué, oh! rio, tus aguas  
Ruedas hácia el mar ligero  
Y vas á perder tu nombre  
De sus olas en el centro,

Sin cuidarte de los sitios  
Que fertilizan tus riegos?

—Qué me importa á mí que valles  
Aridos torne en amenos,  
O fertilice los montes  
Con mi rápido descenso:  
Sigo el camino que traza  
De Dios el augusto dedo:  
A morir voy en el mar  
Todo tras de mí lo dejo.

La nube, la flor y el rio  
Pasan en el mundo presto.  
Vá la nube arrebatada  
Por las ráfagas de viento.  
Cae la flor deshojada  
Y marchita por el cierzo,  
Y el rio corre á absorberse  
Del mar el profundo seno.

Así el hombre un solo instante,  
Este Rey del Universo  
Brilla en el mundo, y levanta  
Su frente erguido y soberbio  
Paso..... Me vuelvo á mirarle,  
Ya no existe..... no le encuentro!  
La nube, la flor y el rio  
Caen en la *nada* su centro.  
Solo el hombre es inmortal.  
De esperanza henchido el pecho  
Mientras el mundo recorre  
Sabe su fin y su objeto.  
Marchemos hácia él mortales  
Con valor, sin perder tiempo.  
Marchemos pues, el Señor,  
Dando á su ley el cumplimiento,  
Hace morir á los vivos  
Hace vivir á los muertos.  
Viajeros combatidos  
Por opuestos elementos  
En las eternas playas  
Busquemos seguro puerto.  
Lo que en vano hemos buscado  
De este mundo en el destierro,  
La felicidad del alma.  
Hallaremos en el Cielo!

José Muñoz y GAVIRIA.



## EL CANARIO.

Una niña, llamada Carolina, tenía un hermoso canario. El pajarito cantaba desde por la mañana temprano hasta la noche, y era muy hermoso, amarillo con moña negra. Carolina le daba de comer cañamones y hojas verdes, algunas veces un terroncito de azúcar, y le mudaba el agua todos los días.

Pero de repente comenzó el pájaro á entristecerse, y una mañana, cuando Carolina le iba á mudar el agua, le encontró muerto en la jaula.

Entonces la niña comenzó á llorar y á llamar á su pájaro.

Su madre la compró otro de colores mucho mas hermosos todavia, que cantaba tambien como el primero y le puso en la jaula.

Pero la niña lloraba mucho mas desde que vió el nuevo canario.

Su madre admirada, la preguntó:

«¿Querida hija, por qué lloras y estás tan aflijida»? Tus lágrimas no resucitarán al muerto pájarillo; y aqui tienes otro que es mucho mejor que él.

La niña la contestó:

«Me he portado muy mal con mi pajarito y no he hecho por él todo lo que debia y podia.»

—«Querida hija—la replicó su madre—¿Te has olvidado acaso algun dia de cuidarle?»

—«¡Ah! no—repuso la niña—pero poco antes de su muerte, me diste para él un terron de azúcar, que no le llevé, sino que me le comí yo.—dijo Carolina con aflijido corazon.

Su madre no se rió de estas palabras, pues conoció y reverenció la santa voz de la verdad que habla en el corazon de los niños.

Pero despues de un breve instante de silencio exclamó: «¡Que dolor deben experimentar los hijos ingratos junto al sepulcro de sus padres!»

José S. BIEDMA.

## LA FÉ.

—¡Niña y sola! Desgraciada  
Que así en el mundo caminas,  
¿No ves que hay muchas espinas  
En mitad de tu jornada?

Deten el paso, deten;  
Niña, ¿qué vá á ser de tí?  
¿Tienes padre?

—¡Le perdí!

—¿Y Madre?

—¡Murió tambien!

—¿Quién es tu hermano?

—El pesar.

—¿Quién te educa?

—La pobreza.

—¿Quién te ausilia?

—Mi cabeza.

—¿Qué has hecho hasta aquí?

—Llorar.

—¿Qué te aqueja?

—El desconsuelo.

—¿Quién te defiende?

—Mi honor.

—Qué te da el mundo?

—Dolor.

—A quién imploras?

—Al Cielo.

—A dónde vas?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que esperas?

—Vivir.

—¿Para qué?

—Para sufrir.

—¿Quién te sostiene?

—La fé.

—¡Niña, niña desgraciada,  
Que pobre y sola caminas,  
Tú salvarás las espinas  
Que encuentres en tu jornada!

Rafael BLASCO.



## LES TROIS SOUHAITS.

## I.

Un soir, en hiver, un homme et sa femme, assis auprès de leur feu, s'entretenaient du bonheur de leurs voisins, qui étaient plus riches qu'eux. « Oh ! si j'étais la maîtresse d'avoir tout ce que je souhaiterais, » dit la femme, « je serais bientôt plus heureuse que tous ces gens là. — Et moi aussi, » dit le mari; « je voudrais être au temps des fées, et qu'il s'en trouvât une assez bonne pour m'accorder tout ce que je voudrais. » Dans le même temps, ils virent dans leur chambre une très-belle dame, qui leur



Les trois souhaits.

dit : — « Je suis une fée, je vous promets de vous accorder les trois premières choses que vous souhaiterez ; mais, prenez-y garde, après avoir souhaité trois choses, je ne vous accorderai plus rien. » La fée ayant disparu, cet homme et cette femme furent très-embarrassés, « Pour moi, » dit la femme, « si je suis la maîtresse, je sais bien ce que je souhaiterai : je ne souhaite pas encore ; mais il me semble qu'il n'y a rien de si bon que d'être belle et riche. — Mais, » répondit le mari, « avec cela on peut être malade, on peut mourir jeune ; il serait plus sage de souhaiter de la santé et une longue vie. — Et à quoi ser-

virait une longue vie, si l'on était pauvre ? » dit la femme ; « cela ne servirait qu'à être malheureux plus longtemps. En vérité, la fée aurait dû nous promettre de nous accorder une douzaine de dons ; car il y a au moins une douzaine de choses dont j'aurais besoin. — Cela est vrai, » dit le mari ; « mais prenons du

temps : examinons d'ici à demain matin les trois choses qui nous sont le plus nécessaires, et nous les demanderons ensuite. — J'y veux penser toute la nuit, » dit la femme ; « en attendant, chauffons-nous, car il fait froid. »

## II.

Alors, la femme prit les pinces, et attisa le feu ; et comme elle vit qu'il y avait beaucoup de charbons bien allumés, elle dit sans y penser :

« Voilà un bon feu ; je voudrais avoir une aune de boudin pour notre souper, nous pourrions le faire cuire bien aisément. » A peine eut-elle achevé ces paroles, qu'il tomba une aune de boudin par la cheminée. « Peste soit de la gourmande avec son boudin, » dit le mari, « voilà un beau souhait ! Pour moi, je suis si en colère, que je voudrais que vous eussiez le boudin au bout du nez. » Dans le moment, l'homme s'aperçut qu'il était encore plus fou que sa femme, car, par ce second souhait, le boudin sauta au bout du nez de cette pauvre femme, qui ne put jamais l'arracher. « Que je suis malheureuse ! » s'écria-t-



elle, «vous êtes un méchant d'avoir souhaité ce boudin au bout de mon nez. — Je vous assure, ma chère femme, que je n'y pensais pas,» répondit le mari; «mais que ferons-nous? Je vais souhaiter de grandes richesses, et je vous ferai faire un étui d'or pour cacher ce boudin. — Oh non,» reprit la femme, «je me tue-rais s'il fallait vivre avec ce boudin qui est à mon nez: croyez-moi, il nous reste un souhait à faire, laissez-le-moi, ou je vais me jeter par la fenêtre.» En disant ces paroles, elle courut ouvrir la fenêtre, et son mari, qui l'aimait, lui cria: «Arrêtez, ma chère femme, je vous donne la permission de souhaiter tout ce que vous voudrez.

### III.

—Eh bien,» dit la femme, je souhaite que ce boudin tombe à terre.» Dans le moment, le boudin tomba, et la femme dit à son mari: Je vois que la fée s'est moquée de nous, et elle a eu raison. Peut-être aurions-nous été plus malheureux étant riches que nous ne le sommes à présent. Croyez-moi, ami, ne souhaitons rien et prenons les choses comme il plaira à Dieu de nous les envoyer; en attendant, soupçons avec notre boudin, puisque c'est tout ce qui nous reste de nos souhaits. Le mari pensa que sa femme avait raison, et ils soupèrent gaiement, sans plus s'embarrasser des choses qu'ils avaient eu dessein de souhaiter.

### MARGARITA LA JARDINERA.

—¡Hola, hola, Sr. Francisco! ¿Cribando tierra? ¡Parece que ya respira mas alegría el jardín!

—Sí, hija mía; estoy haciendo mezclas de tierra para rellenar los tiestos, que ya es ocasión de ir sembrando las raíces bulbosas y tuberosas, porque el tiempo se presenta suave y seco, y si nos descuidasemos llegaría la primavera y nos encontraríamos sin flores.

—¡Desgraciada de mí! exclamó Margarita, como si le hubiese amenazado con una calamidad.

—¡Y cuántos arbustos ha plantado V. ya!

—Son las flores anuales y las plantas robustas, que resisten sin perjuicio el frío de la noche.

—¿Qué hay en esos tiestos tan tapaditos?

—Es mucha curiosidad... murmuró la mamá de Margarita, reprendiéndola.

—Resedas, pensamientos y otras plantas preciosas, muy delicadas.

—¿Deben tenerse privadas del sol?

—Muy al contrario, debe darles el aire y la luz; pero se ha de procurar que sea en las horas que el sol está alto, que calienta mas; y en prueba de ello, voy á descubrirlas hasta las dos, pues no gozan ya del templado ambiente que hoy reina por haberseme olvidado. Te agradezco el recuerdo.

—¡Cuántas violetas!...

—Disponte tú misma un ramo, que no puedo abandonar mi ocupacion.

—Mil gracias.

—Y... ¿me dirá V., Sr. Francisco, si no es importuna mi pregunta, dijo mirando á su mamá con cierta espresion para que no la reprendiese su curiosidad, mientras formaba el ramo, qué va V. á hacer de tantos bojés como tiene V. amontonados en la puerta? ¿Alguna enramada para una fiesta?

—¡Nada de eso! Son para formar las calles del jardín del conde de...

—Es decir, que se dedica V. á cuidar los jardines...?

—Naturalmente; como que es la época de limpiar las macetas...

—¿Sí? ¿Pues cuándo podrá V. ir por casa para ver mis tiestos y arreglarlos?

—Un día de esta semana... el jueves.

—Está muy bien. Cuidará V. de llevar todo lo que haga falta, ¿no es cierto?

—Llevaré mi espuerta.

—Sobre todo, no olvide V. que deseo tener flores muy hermosas, en particular claveles de color de fuego. Como los que tenía mi abuela, que esté en gloria. ¡Eran tan hermosos!



—Los habrá rojos como una amapola.

—¡Oh qué placer! dijo la entusiasta Margarita saltando de contento y besando á su mamá.

—Entonces, añadió, no quiero distraerle á V. mas; siga V. mezclando la tierra, y hasta el jueves. ¿Tempranito, eh?

—Tempranito. Vayan Vds. con Dios.

Faustino BASTUS.

## HIGIENE DOMÉSTICA.

### ALIMENTO DE LOS NIÑOS.

#### I.

La naturaleza no solo señala el alimento mas propio de los niños, sino que al mismo tiempo lo prepara; y sin embargo, no basta esto para evitar que algunos que se juzgan mas sábios que ella, procuren mantener sus hijos sin este alimento. Nada prueba con mas evidencia el empeño que tienen los hombres en separarse de las leyes de la naturaleza, que la idea de criar los hijos sin mamar. La leche de la madre ó de otra mujer sana, es sin dificultad el mejor alimento, y ni el arte ni la naturaleza pueden sustituir otro semejante: los niños pueden nutrirse algunos meses sin la teta; pero los que se han criado así, cuando padecen la dentición, las viruelas y otras enfermedades de la niñez, perecen por lo comun.

La criatura luego que nace, manifiesta su inclinacion á mamar, y no hay razon para no satisfacerla. Es verdad que la leche de la madre no viene siempre inmediatamente que ha parido; pero este es el método de traerla; además que la primera leche que saca del pecho la criatura, corresponde mejor al objeto de limpiarla mejor que todas las drogas de la botica, y precave al mismo tiempo la inflamacion de los pechos, las fiebres y otras enfermedades correspondientes á las madres.

Es muy extraño que haya tantas gentes empeñadas en creer que lo primero que se debe

dar á las criaturas son las drogas de la botica: esto es hacer que empiecen con la medicina, y no es maravilla que con ella acaben como sucede comunmente. Algunas veces no echa la criatura el meconio tan pronto como se desea, y esto ha obligado á los médicos en tales casos á darles alguna cosa aperitiva para limpiar las primeras vias: las comadres han adoptado esta regla, y nunca omiten los jarabes, aceites, etc., sean ó no necesarios. Embutida la criatura apenas ha nacido, con tan indegesta carga, rara vez deja de enfermar, porque es mas á propósito para esto, que para precaverlo.

Pocas veces están los niños mucho tiempo despues de nacer sin orinar ni obrar, aunque estas evacuaciones pueden retardarse sin peligro alguno; pero si es necesario darles algo antes de tomar el pecho, debe ser un poco de papilla mezclada con igual cantidad de leche fresca, y esto sin vino, azúcar, ni drogas, pues este alimento nunca puede irritar la sangre, cargar el estómago, ni causar cólicos.

A la primera vista de una criatura, casi todos creen que está débil, y que se necesita fortalecerla; esto sugiere la necesidad de darle un cordial, y mezclado con vino es el primer alimento que toma: nada es mas engañoso que esta idea, ni mas perjudicial para los niños, que la práctica que se funda en ella.

Necesitan de muy poco alimento por algun tiempo despues que nacen; y el que se les dé ha de ser ligero, débil y de calidad fresca; la mas corta cantidad de vino, ó de azúcar, es suficiente para calentar é inflamar la sangre de una criatura: y todos los prácticos en esta materia deben saber que la mayor parte de las enfermedades provienen del calor de los humores.

Si la madre ó el ama que le ha de criar, tiene suficiente leche, necesita la criatura muy poco ó ningun alimento de otra especie, hasta los dos ó cuatro meses; entonces es el tiempo de darles una ó dos veces al dia, papilla, sopa de leche ó caldo ralo, con un poco de pan rallado ú otras cosas semejantes. Esto facilita á la madre acostumbrar al hijo por grados á



alimentarse y hacer el destete menos difícil y peligroso; porque en la crianza se deben evitar todas las mutaciones grandes y repentinas. A este fin, se ha de procurar que el alimento, no solo sea simple, sino semejante en cuanto se pueda á las propiedades de la leche; pues no hay duda que esta debe ser el principal nutrimento de las criaturas, así antes de destetarlos, como algun tiempo despues.

A la leche debe seguir con preferencia el pan siendo bueno y ligero, que se debe administrar á los niños luego que descubran inclinacion á mascar, y siempre que lo apetezcan; la masticacion de él promueve la salida de los dientes y el desahogo de la saliva, al mismo tiempo que, mezclado en el estómago con la leche de la nutriz, es de excelente nutrimento.

## ARTE DE BORDAR.

### III.

#### Al trapo.

Este bordado es mas bonito que el del zurcido, pero es tambien el mas difícil: se hace en toda suerte de telas, ya de hilo, ya de algodón, bien sean tupidas, bien transparentes ó claras: los puntos de encaje que en él se mezclan, hacen que resalte aún sobre los tejidos mas apretados; y las hojas anchas á los cuales se acomoda perfectamente, le dan un realce hermoso sobre las telas mas ligeras.

La primera operacion es almidonar la muselina y gasa de algodón, cuando no tienen aderezo alguno; y en cuanto al percal, bastaria lavarle por el revés, en seco, cuando es fuerte y tupido.

Se pone la tela que queramos bordar al trapo, del mismo modo que para el bordado, al zurcido. Enhebrase la aguja con algodón de bordar; luego se vá siguiendo el contorno de cualquiera objeto del dibujo, v. gr. una hoja de mirto, á *punto adelante* comenzando por el pié: esta primera operacion se llama *trazar*.

Luego se vuelve á la punta de la hoja con una ó dos puntadas largas de *punto-adelante* segun lo largo de la hoja, y se dá otra puntada trasversal á lo largo del dibujo de dicha hoja, cogiendo tanta tela de abajo como de arriba. Continúanse despues las puntadas de la misma manera, clavando la aguja siempre sobre el *trazado* de la hoja del lado opuesto, ó de frente á la bordadora, y sacándola por el lado del dedo pulgar. Ejecutando de este modo la operacion, se alargan ó acortan las puntadas segun lo exige el dibujo; debiendo ademas ir muy apretadas, puesto que en este bordado, para que esté bien hecho, no solo es necesario ocultar perfectamente la tela, y que las puntadas, no se separen una de otra al doblarla, sino que tambien deberá presentar un ligero *realce*. Las bordadoras llaman á este bordado que resalta bellamente de la tela, *bordado-aperlado*.

Los ojetes estan muy en uso en este bordado, y se hacen pasando primero la tela con un *punzon*; luego se vá *trazando* todo alrededor del agujero que ha dejazo hecho el punzon un *punto-de-ojete* bien apretado que forme un cordoncillo ancho, ó estrecho, segun la figura que se haya adoptado para el *ojete*, y este es el que se llama *sencillo*, porque son varias las especies de ellos, á saber: *ojete sombreado*, *ojete afelpado*, de *molinillo* y *bordado*. Bordado es el que tiene el cordoncillo ancho y aplastado: *Sombreado* el que lleva en una mitad un cordoncillo muy ancho, y en la opuesta un cordoncillo muy delgado, los cuales se unen ensanchando la segunda y estrechando la primera gradualmente. El de *molinillo* es un agujero bastante grande, guarnecido ó circundado con un cordoncillo ligero, que se llena con una especie de *calado* redondo, de que se hablará despues. Cuando se quiere que el *ojete* sea muy abierto, se saca un bocado de tela; pero de suerte que no se agrande demasiado y quede tela suficiente que tomar para el bordado. Y en fin, el *ojete afelpado* es aquel que se adorna con muchos órdenes circulares de *punto-atrás*.

Muchas veces se cercan los ojetes con hojas



ó bien en ramillete, ó aislados: otras veces no se ponen mas que dos ó tres en lo alto ó en el sitio opuesto al tronco ó pié. En todos estos casos es menester hacer los ojete antes que las hojas, para conservar á aquellos su redondez, y á estas la forma puntiaguda en su pié. Esta regla es tambien aplicable á las flores llamadas *belloritos*, *liebreclillos*, y en general á todos los huecos destinados para puntos de *encaje* que están bordados con un cordoncillo antes, y enseguida las hojas, pasando la aguja por debajo de una á otra, lo cual se omite en el bordado comun, porque el algodón, pasando de una hoja á la otra, forma el trazado, y abrevia el trabajo.

#### PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—«Es menester inspirar á los niños un gran amor por la verdad y acostumarles á practicarla: hacerles conocer que nada hay mas grande que decir francamente *me he equivocado*, guardándose bien de castigarlos por una falta confesada, cuando esta no es repetida.»

—No comuniquéis vuestras penas al que no os puede consolar.

—No deis consejo á quien no lo ha de tomar.

—El hombre mas perfecto, es aquel que es mas útil á sus hermanos.

(Versículo del Corán.)

—Mas vergonzoso es para un hombre honrado desconfiar de sus buenos amigos, que ser engañado por ellos.

—La virtud es la verdadera nobleza.

(Juvenal.)

—En la primavera de la vida es cuando se deben plantar las buenas costumbres, á fin de que den hermosas flores en el estío y ópimos frutos en el otoño.

—La precipitacion es incompatible con la prudencia.

Raras veces deja el hombre de arrepentirse de lo que ha dicho ó hecho con precipitacion.

#### ENIGMA HISTÓRICO.

##### Explicacion.

BLANCA DE CASTILLA.

Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII de España, gobernó sábiamente durante la menor edad de su hijo Luis IX, conocido en nuestros dias por *San Luis*. Adornado de alma justa y rígida, habia pretendido libertar á unos desgraciados, que la miseria hacia insolventes, y que se hallaban presos por deber á una colegiata rica y desahogada. Mandó la reina una orden para que fuesen puestos en libertad, mas desoyendo la colegiata sus mandatos, se presentó en la cárcel, y abriendo las puertas á los infelices que en ella yacian, recibió las mas tiernas muestras de gratitud de los que volvía á la vida. La colegiata recibió una severa amonestacion.

#### CUADRO ICONOLÓGICO.

Un hombre delgado, feo, medio cubierto con una piel de lobo, abraza estrechamente un hemisferio.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,  
Turco, 11.